

Crítica de música

Se presentó la Orquesta Barroca de Sevilla

Balance muy satisfactorio de una formación con buenos mimbres

Teatro Lope de Vega. 11 marzo 1996. XIII Muestra de Música Antigua. «Concerto grosso Op.6, nº 4», de Haendel; «Concierto BWV. 1044», «Cantata BWV. 209» y «Cantata BWV. 82», de J. S. Bach. Orquesta Barroca de Sevilla. Solistas: Marta Almajano (soprano), Rumiko Harada (clave), Guillermo Peñalver (flauta travesera). Director concertino: Barry Sargent.

Estaba cantado. Después de trece ediciones de la Muestra de Música Antigua, y con la nutrida colonia de adictos que hay en nuestra ciudad, era extraño que no hubiera surgido un grupo local especializado en el género. Pues bien, el lunes se presentó en el Lope de Vega la Orquesta Barroca de Sevilla, una formación de once atriles de cuerda más clavecinista y flauta solista, comandada por el norteamericano Barry Sargent, su director y concertino, con amplia experiencia en este tipo de orquestas «historicistas» y que ha trabajado con figuras tan prestigiosas como Coin, Christie, Savall, Hamoncourt, Brüggén o Koopman.

Comprometida era la presentación de la Orquesta Barroca de Sevilla por figurar en una programación al lado de formaciones ya consolidadas. Poco sabíamos de ella, salvo el registro de las sinfonías de Ramón de Garay y por su actuación en agosto pasado en la Muestra de Música Antigua de Aracena. Y a decir verdad, no puedo menos que afirmar con satisfacción que el balance general de esta presentación resultó mucho más que satisfactorio. Se advierten, como es natural, esos problemas iniciales de conjunción, ajuste sonoro y afinación. Pero que hay calidad y materia prima sobrada y, sobre todo, algo importantísimo, entusiasmo e ilusión a raudales. Todos confiamos en que se consoliden y logren superar nuevas etapas. La clave, como todo en la vida, es el trabajo y prodigarse más ante el público.

Programa delicioso fue el elegido para su puesta de largo. Para abrir boca, el cuarto de los doce concerti grossi que integran el cuaderno Op. 6 que Haendel escribiera en Londres en octubre de 1739, tan marcado por la influencia de los grandes maestros italianos (Vivaldi, Corelli, Albinoni, etc.), correctamente expuesto por nuestro grupo, con una muy precisa y medida ejecución de la fuga a cuatro voces del allegro, y un bien amortiguado y seductor sonido en el «Largo e piano» con sordina en la cuerda aguda. A su vez, interesantísimo —y plagado de dificultades— el concierto para violín, flauta travesera y clave BWV 1044 que Bach escribiera hacia 1760 con unos efectivos instrumentales y formales que recuerdan el quinto concierto de Brandenburgo, con un adagio encomendado en exclusiva a los tres solistas (el violín en pizzicato), y un hegemónico protagonismo del clave, con el que la japonesa Rumiko Harada brindó una exhibición de técnica y digitación bachiana en esas inmisericordes y vertiginosas escalas, tanto en las cadenzas como en pasajes en tutti.

La hermosa voz de Marta Almajano

Espléndidas las dos cantatas de Bach para soprano, flauta travesera y cuerda: una profana, la BWV 209 «Non sa che sia dolore», que algunas autoridades consideran apócrifa, supuestamente escrita sobre 1734 sobre letra de Matías Cesner, y otra sacra, la BWV 82, «Ich habe genug» (yo tengo suficiente), de libreto anónimo, escrita en Leipzig en febrero de 1727 para la Fiesta de la Purificación, originalmente para el registro de contralto.

Al igual que el concierto de Bach, muy bien estuvo Guillermo Peñalver con la flauta travesera, con su habitual sonido algo opaco y apagado, pero limpio y expresivo. En este caso fue buen acompañante de la soprano aragonesa Marta Almajano, de juvenil y agradable presencia, dotada de una voz hermosa, muy natural y fragante, que solventó su compromiso sin grandes escollos gracias a su capacidad para desenvolverse con holgura en la zona aguda (no así en la grave, sobre todo en la BWV 82) y para frasear los clásicos pasajes de agilidad y ornamentación de la firma. Sin embargo, aunque le falta potencia de proyección en el registro bajo y algo de anchura en la zona



Barry Sargent es el concertino-director de esta nueva orquesta, que a pesar de su escaso tiempo de trabajo en común demostró la calidad de sus integrantes

media (lo cual impide que la voz se proyecte homogéneamente por toda la sala), cantó con gusto y sentimiento, identificándose con el mensaje de nostalgia de la cantata profana (la añoranza de un italiano en Alemania por volver a su patria), o con la plácida mirada sobre la muerte liberadora de la cantata sacra, en donde el texto en primera persona acentúa el carácter intimista teñido de esperanzadora melancolía ante el destino. En esta cantata sentí una vibración muy especial y muy próxima que sólo la música logra en ocasiones despertar.

Ramón María SERRERA